

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

El amor es el demonio

Autor/es:

Ferris Carrillo, María José

Citar como:

Ferris Carrillo, MJ. (2000). El amor es el demonio. Banda aparte. (17):6-6.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42396>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL AMOR ES EL DEMONIO (Love is The Devil), John Maybury, Gran Bretaña, 1998, 35 mm, Color, 91 min.

NUNCA SEREMOS NICK Y NORA CHARLES

*El amor es quien ama,
no lo amado.*
Platón



El amor es el demonio

Cuando Lilliam Hellman y Dashiell Hammett se conocieron en un restaurante de Hollywood en 1930, nunca pensaron que su incipiente mutua atracción se iba a convertir en una pasión irreconciliable con ellos mismos: les resultaba tan difícil estar juntos como permanecer separados. Por entonces, Hammett era el escritor de novelas policíacas más famoso de Estados Unidos y ella, una aspirante a guionista. Se llevaban once años y, aunque eran biológicamente jóvenes, ambos estaban estigmatizados y eran animales heridos. Hammett estaba escribiendo *El hombre delgado*, en donde describía el matrimonio casi ideal de Nora y Nick Charles, una de esas perfectas relaciones de pareja que se prodigan en el arte y, en la vida real, sólo existen en la nebulosa de los prolegómenos sentimentales. A Lilliam y a Dashiell, el arrebato inicial les duró treinta años, con los previsibles alibajos (siempre más bajos que altos o, al menos, nunca en la misma línea del pentagrama de la vida: los éxitos literarios de él coincidían con los fracasos de ella y viceversa) y nunca fueron un matrimonio idílico, ni un pareja: los seres heridos huelen la sangre propia y la ajena, caen en la vesania y se atacan. Este es uno de los vínculos más eternos que puede pedirse, y si se mezcla con el deseo de la creación literaria, el compromiso político y la dependencia sexual, económica y alcohólica, el resultado es una relación desequilibrada o esa suerte de manía obsesiva llamada amor. En los veintitrés años que Lilliam sobrevivió a Dash se dedicó a forjar su leyenda pigmaliónica en letras de oro y sangre. Y es que a los artistas siempre les delata una única pasión: la literaria.

Hombres delgados y mujeres inacabadas han protagonizado pasiones donde se mezclan dos segmentos: la creación artística y la intimidad¹. Y podemos iniciar una larga lista que iría desde August Rodin y Camille Claudel a Anaís Nin y Henry Miller, pasando por Frida Kahlo y Diego Rivera hasta llegar a John Lennon y Yoko Ono. Y podríamos completar la lista con parejas del mismo sexo, desde la emblemática consuetudina por Oscar Wilde y lord Alfred Douglas, Arthur Rimbaud y Paul Verlaine o Virginia Woolf y Vita Sackville-West, Marina Tsvietáieva y Sofía Parnok, o Djuna Barnes y Thelma Wood. Otra historia de pasiones artístico-sentimentales la protagonizaron, en los años cuarenta, Françoise Gilot y Pablo Picasso. A Gilot, aspirante a artista plástica, hoy se la recuerda, principalmente, por ser una de

las esposas de Picasso y no por su valía como pintora y poeta.

Y, en un peldaño inferior de esta escalera al infierno, aparecen los amantes de los creadores, seres cuya biografía siempre estará supeditada a la del artista, porque no alcanzaron siquiera el estatuto de aspirantes a creadores.

Este es el caso de Georges Dyer, modelo y amante del pintor británico Francis Bacon, que ha pasado a la historia por su suicidio en 1971, tras años de una relación amorosa marcada por el desequilibrio y la locura. Este es el punto de partida del filme *El amor es el demonio: estudio para un retrato de Francis Bacon*.

Y es este un punto de partida que se revela como un arma de doble filo, porque el filme acaba revelándose como una justificación de la figura del artista como "genio creador", como ser atormentado, ente aquejado de vesania, patía que le permitiría (como una saeta teleológica) insuflar vida a sus creaciones o criaturas.

La dialéctica "genio y locura" o "arte y neurosis" son dos de los atributos que, habitualmente, se adscriben a la figura del artista y así han quedado ancladas en el imaginario social. Esta concepción del artista, orate que sufre una patología estética expansible al conjunto de su vida, ha servido para forjar su mito en la cultura occidental y, en la actualidad, seguimos presas de esa creencia².

Esto es lo que le ha acaecido al director John Maybury que se sirve de la dolorosa experiencia sentimental de Bacon y Dyer para fortalecer y encumbrar esta creencia arraigada en la sociedad. Del pretendido "retrato" del pintor, sólo queda en el imaginario del/la espectador/a la idea de que era un ser sin escrúpulos que llevó a su amante a una muerte anunciada. Todo ello, subrayado por unos efectos ópticos distorsionadores (focales, angulares) y absurdos que pretenden reflejar la atmósfera intelectual dañina y salvaje de los artistas y sus parejas en la bohemia de los años sesenta en el Soho londinense.

Mary Shelley llegó a pensar que la criatura que había engendrado literariamente, Frankenstein, había sido la causante de que su propia vida estuviera salpicada por muertes y tragedias constantes. Rimbaud dijo: "*Je suis un autre*", evidenciando la disociación entre el yo creador y la creación, considerada como un carcinoma o tumoración que sobrepasa al propio artista. Y, en otra producción cinematográfica reciente, *Dioses y monstruos (Gods and monsters)*, 1998 de Bill Condon se vuelve a hacer hincapié en la idea de que es el creador (aquí, el director de cine James Whale) el que engendra sus propias criaturas, que no pueden ser otra cosa que engendros malignos, destinados a acabar con la vida del propio artista.

Como si fuera necesario acudir a una ficción creativa para encontrarse con el propio monstruo interior. Como si no se ubicara, desde siempre, pujante y arrogante, en esa realidad llamada amor y deseo.

MARÍA JOSÉ FERRIS CARRILLO

1. Whitney Chadwick e Isabelle de Courtivron (eds.), *Los otros importantes: creatividad y relaciones íntimas*, Cátedra, Madrid, 1994.

2. Eckhard Neumann, *Mitos de artista: estudio psicohistórico sobre la creatividad*, Tecnos, Madrid, 1992.